

triotas por la revolucion era sublime como la esperanza, la de la nobleza emigrada era generosa como la desesperacion. En las guerras civiles es preciso juzgar á cada partido por sus propias ideas. Las discordias intestinas son casi siempre la espresion de dos deberes que están en oposicion. El deber de los patriotas era la patria, el de los emigrados el trono. Uno de los dos partidos podia equivocarse en la eleccion, pero ambos creian cumplir con su deber.

XIII.

Componiase la emigracion de dos partidos distintos á los que designaremos con los nombres de *políticos* y *combatientes*. Eran los políticos los que rodeaban continuamente á los condes de Provenza y de Artois, vociferando sin correr el menor riesgo contra las verdades de la filosofia y contra los principios de la democracia. Empleábanse además en escribir folletos y periódicos, en los cuales se pintaba la revolucion francesa como una conspiracion infernal de algunos malvados contra los reyes y hasta contra el mismo Dios. Formaban estos hombres, unos soñados consejos de un gobierno imaginario, intrigaban porque se les diesen comisiones, soñaban planes, anudaban intrigas, corrian todas las córtes, sublevaban á los soberanos y á sus ministros contra la Francia, se disputaban el favor de los principes franceses, y llevaban consigo á aquella tierra estrangera y de destierro para ellos, las ambiciones, la rivalidad, y la codicia de las córtes.

Los militares ó combatientes no habian llevado consigo sino el valor, la lijereza y la gracia de su nacion y de su carrera, unidas á cierta indiferencia por todo lo que no era valor y entusiasmo militar. Coblentza era el campo de la ilusion y del sacrificio. Aquel puñado de

valientes se creian ser una nacion y ejercitándose en los campamentos con continuas maniobras, se preparaba para reconquistar toda una monarquia con solo hacer algunas marchas. Los emigrados de todos los paises y de todas las épocas han ofrecido un espectáculo semejante. Todo emigrado cree haberse llevado la patria en la suela de su zapato, como decia Danton, pero no lleva otra cosa que su sombra no consigue sino su ira, ni vuelve á hallar en ella otra cosa que su compasion.

XIV.

Tres facciones correspondian á estos distintos partidos en la misma emigracion, y tenian á su cabeza á los principales emigrados. El conde de Provenza, llamado despues Luis XVIII, era un principe filósofo, político, y diplomático, inclinado por su espíritu á las innovaciones, enemigo de la nobleza y del sacerdocio, favorable á la democracia y que hubiese perdonado á la revolucion si esta hubiese querido perdonar á la dignidad real. Prohibiéndole sus enfermedades precoces empuñar las armas, hacia uso de la política para defender sus intereses, cultivaba su entendimiento, se dedicaba á estudiar la historia, escribia bien, presentaba como próxima la caida y temia la muerte probable de Luis XVI. Creia este principe en las vicisitudes de las revoluciones, y se preparaba con antelacion á ser el pacificador de su pais, y el conciliador del trono y la libertad. Su corazon poco varonil tenia defectos y cualidades mugeriles. Necesitando tener amigos se entregaba á unos favoritos, escogidos mas bien por favor, que porque hubiese en ellos un mérito real. Veja las cosas y los hombres á través de sus libros ó del corazon de sus cortesanos. Principe un tanto teatral, se ponía de manifiesto como una estatua del de-

recho y de la desgracia ante los ojos de la Europa. Estudiaba sus posturas, hablaba académicamente de sus adversidades y quería aparecer á un mismo tiempo como víctima y como sabio. El ejército no le quería.

XV.

El conde de Artois, mas jóven que él, mimado por la naturaleza, por la corte y por las mugeres, habia adoptado el papel de héroe. Este representaba en Coblenza el antiguo honor, y la decision caballescica del carácter francés. Era adorado de la nobleza de la corte, cuya gracia, elegancia, y orgullo se hallaban personificados en él. Su corazon era bueno, su comprension facil, pero su talento no era mas que mediano. Filósofo por lijereza y por manía antes de la revolucion, supersticioso despues por debilidad y por dejarse llevar, desafiaba desde lejos á la revolucion con la punta de su espada. Este príncipe parecia mas á propósito para irritarla que para vencerla y anunciaba ya desde aquella época, aquellas temeridades sin venir al caso y aquellas provocaciones sin fuerzas para sostenerlas, que debian, andando el tiempo, costarle nada menos que un trono. Pero su belleza unida á su gracia y cordialidad cubrian estas imperfecciones de su inteligencia y parecia destinado á no morir jamás. Viejo en años debia reinar y morir siendo siempre jóven. En otra época hubiese sido un Francisco I; en la suya fué simplemente Carlos X.

El príncipe de Condé era militar bajo todos conceptos. Despreciaba igualmente aquellas dos cortes trasplantadas á las orillas del Rhin, y la suya era su campamento. Su hijo, el duque de Borbon, hacia su primer campaña bajo sus órdenes, y su nieto el duque de Enghien, que á la sazón tenia diez y siete años, le servia ya en

clase de ayudante de campo. Este jóven príncipe era el Aquiles de aquel campamento de emigrados. Su valor, su arrojo y su generosidad, prometian en él un héroe mas á aquella raza heroica de los Condé, héroe digno de llevar la victoria á una causa menos reprobada, ó de morir en medio del dia en un campo de batalla, y no como murió algunos años despues en un foso de Vincennes á la luz de un farol, y fusilado en medio de la noche, ó por mejor decir, asesinado sin otro amigo que le acompañase en este trance que un perro, fiel á su desgraciado dueño hasta aquel instante.

XVI.

Entre tanto Luis XVI temblaba en su palacio por las consecuencias que podia traerle aquella guerra que él mismo habia proclamado y que amenazaba ya nuestras fronteras. No se le ocultaba que no era tanto el gefe, como el rehen de la Francia, ni que su cabeza y las de su muger y sus hijos responderian á la nacion de sus reve-ses ó de sus peligros. El que se cree amenazado, ve traiciones en todas partes. Los periódicos y los clubs denunciaban mas que nunca la existencia de un *comité austriaco* del cual era alma la reina. Este rumor se habia acreditado entre el pueblo, y si no le habia costado á esta princesa, sino la pérdida de su popularidad durante la paz, podia muy bien costarle la vida en tiempo de guerra. Así, esta desgraciada familia, acusada anteriormente de haber vendido la paz, era acusada ahora de hacer traicion á la guerra. El rey, que abarcaba todos estos peligros de una mirada, trató de acudir al mas inmediato.

En consecuencia de esto, envió un confidente suyo al rey de Prusia y el emperador encargado de obtener de

aquellos dos soberanos que suspendiesen, mirando por su salvacion, las hostilidades, y que hiciesen preceder á la invasion un manifiesto reconciliador que permitiese á la Francia retroceder sin necesidad de avergonzarse y que pusiese las vidas de la familia real bajo la responsabilidad de la nacion. Este negociador fué Mallet-Dupan, jóven publicista ginebrino establecido en Francia y mezclado en el movimiento contrarrevolucionario. Mallet-Dupan, era monárquico por principios y amaba al rey personalmente. Salió de Paris so pretexto de verse á Ginebra. Desde allí se fué á Alemania á verse con el mariscal de Castries, confidente de Luis XVI en el extranjero y uno de los gefes de los emigrados. Con las credenciales de éste, se presentó en Coblenza al duque de Brunswick y en Francfort á los ministros del emperador y del rey de Prusia. Estos no quisieron dar fé á sus comunicaciones, á menos que les presentase una carta autógrafa del rey. Luis XVI hizo llegar á sus manos tres renglones escritos de su puño en un pedacito de papel de dos pulgadas de ancho cuyo contenido era el siguiente. *«La persona que presentará este billete, conoce mis intenciones y puede creerse todo cuanto ella diga en mi nombre.»*

Este escrito fué suficiente para que se abriesen las negociaciones entre Mallet-Dupan y los condes de Cobentzel y de Haugwitz y el general Heyma, plenipotenciarios del emperador y del rey de Prusia. Estos ministros después de haber reconocido el título de la mision de Mallet-Dupan, le hicieron comunicar las instrucciones que traia reducidas en resumen á lo siguiente. *«El rey unia el ruego á la exortacion para recabar de los emigrados que no hiciesen perder á la próxima guerra su carácter de potencia á potencia, tomando parte en ella en nombre del restablecimiento de la monarquía. Cualquiera otra conducta diferente de esta produciria una guerra civil, pondria en peligro las vidas del rey y de la reina y haria*

pasar á cuchillo á todos los realistas. El rey añadía, que exortaba á los soberanos armados por su causa, á que hiciesen la debida distincion en el manifiesto entre la faccion de los jacobinos y el resto de la nacion, y entre la libertad de los pueblos y la anarquía que los despedaza; que declarasen formal y enérgicamente á la Asamblea, á los cuerpos administrativos y á los ayuntamientos que responderian con sus cabezas de todos los atentados que se cometiesen contra las personas sagradas del rey, la reina y sus hijos; y finalmente que anunciasen á la nacion, que la guerra no seria seguida de ningun desmembramiento de territorio, que no se trataria de la paz sino con el rey, y que en consecuencia la Asamblea debia apresurarse á devolverle el uso de una entera libertad para que pudiese negociar con las potencias en nombre de su pueblo.»

Mallet-Dupan descifró el sentido de estas instrucciones con toda la superioridad de miras y con toda la energia que era capaz de infundirle el cariño que profesaba al rey. Pintó trágicamente el interior del palacio de las Tullerías, y los terrores que asediaban continuamente á la familia real. Los ministros se enternecieron en vista de tantas desdichas y prometieron dar cuenta exacta de todo ello, á sus soberanos, asegurando entre tanto á Mallet-Dupan que las intenciones del rey, serian la regla y la medida de las palabras del manifiesto de la coalicion á la nacion francesa.

No le ocultaron, sin embargo, cuando les sorprendia el ver que el lenguaje de los principes franceses emigrados en Coblenza fuese tan opuesto á las miras que tenia el rey en Paris. *«Ellos manifiestan francamente, le dijeron, la intencion de reconquistar el trono por la contrarrevolucion, de hacerse independientes, de destronar á su hermano y de proclamar una regencia.»* El confidente de Luis XVI, volvió á salir para Ginebra despues de esta entrevista. El emperador, el rey de Francia, los princi-

pales príncipes de la confederacion, los ministros, los generales y el duque de Brunswick se volvieron á Maguncia, ciudad en que, con motivo de las conferencias, se habian suspendido los regocijos públicos, y que fué por algun tiempo el cuartel general de los tronos. Allí, bajo la inspiracion de los emigrados, se adoptaron resoluciones extremas, y se decidió combatir cuerpo á cuerpo á una revolucion que iba engrandeciéndose con las contemplaciones que se guardaban con ella. Las súplicas de Luis XVI y las advertencias de Mallet-Dupan se olvidaron completamente, y el plan de campaña se dispuso al momento.

XVII.

Estaba este arreglado del modo siguiente. El emperador debia tener la direccion suprema en la guerra, en Bélgica, y el duque de Saxo-Teschen mandaria aquel ejército bajo sus órdenes. Quince mil hombres de sus tropas debian cubrir la derecha de los prusianos y unirse á ellos cerca de Longwy. Veinte mil hombres del emperador mandados por el príncipe de Hohenlohe debian situarse entre el Rhin y el Moselle, cubrir la izquierda de los prusianos y operar sobre Landau, Sarrelouis y Thionville. Otro tercer cuerpo, á las órdenes del príncipe de Esterhazy, y reforzado con cinco mil emigrados, conducidos por el príncipe de Condé, debian amenazar las fronteras desde Suiza hasta Philipsbourg. El rey de Cerdeña tendria su ejército en observacion sobre el Var y el Isere. Tomadas estas disposiciones se resolvió responder al terror con el terror y publicar en nombre del duque de Brunswick, generalísimo del ejército un manifiesto que no dejaria á la revolucion francesa otra alternativa que la sumision ó la muerte.

Mr. de Calonné le inspiró. El marqués de Limon an-

tiguo intendente de Hacienda del duque de Orleans, revolucionario ardiente en un principio como su amo, y despues emigrado y realista implacable, fué el que lo redactó, sometiendolo á la aprobacion del emperador que se lo hizo aprobar al rey de Prusia y éste á su vez al duque de Brunswick. El duque manifestó que no era enteramente de su agrado, y pidió que se le permitiese dulcificar algunas de sus espresiones, los soberanos, se lo permitieron, pero el marqués de Limon, apoyado por el partido de los príncipes franceses, volvió á redactarlo en los mismos términos que anteriormente. El duque de Brunswick se indignó al ver esto é hizo pedazos el manifiesto, sin atreverse no obstante á declarar que no tenia parte en él. Así es que aquel escrito apareció con todos sus insultos y amenazas á la nacion francesa. Instruidos el emperador y el rey de Prusia de las secretas condescendencias del duque de Brunswick con la Francia y de la oferta de la corona, hecha á él por los facciosos, le hicieron sufrir la responsabilidad de esta proclama como una venganza ó como una retractacion. Este imperioso reto de los reyes á la libertad amenazaba con pena de la vida á todos los guardias nacionales que fuesen cogidos con las armas en la mano defendiendo su independencia y su patria, intimando ademas que, dado caso que se cometiese el menor ultrage por parte de los facciosos contra la magestad real, se arrasaria Paris hasta hacerle desaparecer de la superficie de la tierra.